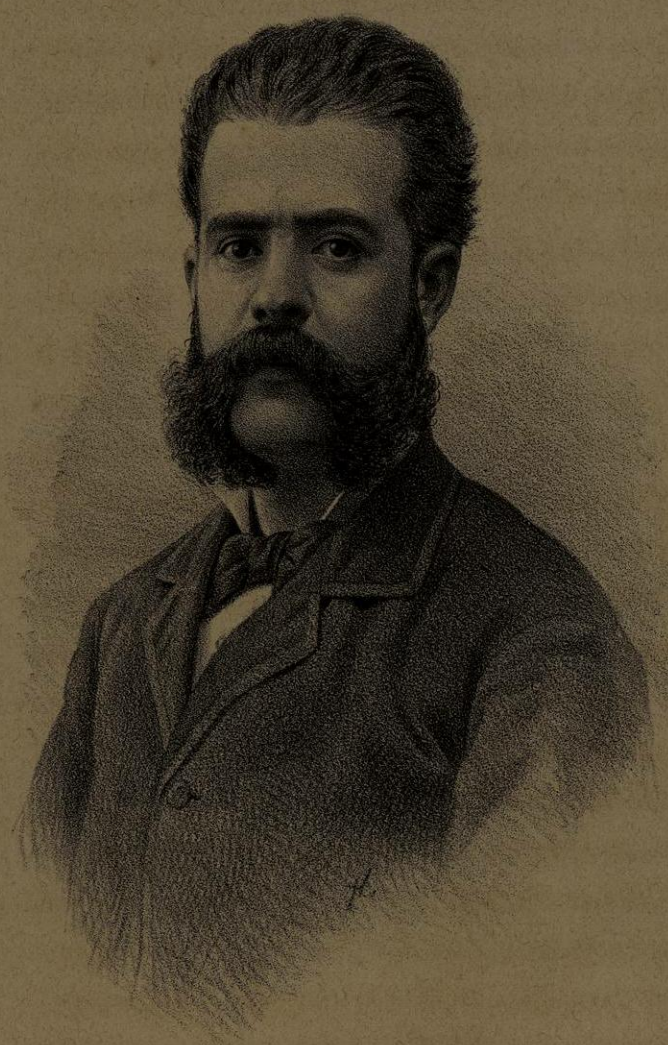

JUAN DE DIOS PEZA.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO.

JUAN DE DIOS PEZA

CUANDO yo era estudiante, porque yo he estudiado aunque no se me conozca y aunque necesite presentar certificados para probarlo; cuando yo era estudiante, repito, tenia un condiscípulo que tanto en la cátedra como á la hora del exámen, apénas le hacian cualquiera pregunta, se soltaba ensartando de lo lindo, unos tras otros, disparates ó trozos de la obra de texto de enseñanza; pero con tal rapidez, que el tiempo se deslizaba sin sentir, y generalmente salia bien librado en todas sus pruebas escolares.

A mí me llamaba de eso la atencion, más que todo, el éxito: un dia le supliqué que me explicara la razon de todo aquello.

—Es muy sencillo—me contestó.—Sin saber ó sabiendo contesto inmediatamente lo que me parece; pro-

curo ligarlo con algo que venga ó no venga al caso, y dé materia suficiente para hablar, procurando siempre no permitir que me interrumpan, de lo que resulta que cuando el catedrático ó los que examinan páran la atencion en un disparate y quieren corregirme, ya yo voy en otro mayor, con el que sucede exactamente lo mismo que con el anterior; el tiempo pasa, la concurrencia advierte que no me corrigen, esto se toma como prueba de mi acierto, y al último, natural es la aprobacion de los sinodales; porque si hay duda de si conozco la materia, no queda de que tengo audacia y elocuencia.

Realmente, el raciocinio no puede ser mejor, y la prueba de que á mí me lo parece, es que en todos estos artículos lo he observado al pié de la letra, y sin parar, y sin esperar contradiccion, y sin dejar de zurcir mucho que ni al caso viene, he traido al lector hasta el punto en que nos encontramos, aunque no puedo responder de si el número de los que comenzaron á leer estos artículos, es igual al de los que han llegado hasta aquí, porque bien pudiera suceder que la mayor parte hayan arrojado el libro por cansancio ó fastidio, dejándolo abandonado para siempre, como se hace en la política con esos Ministros improvisados á quienes un favoritismo más perjudicial que discreto, eleva repentinamente adonde nadie esperaba verles tan pronto, y que despues, perdiendo el equilibrio, se hunden para siempre sin que nadie de ellos á acordarse vuelva.

Pocos de nuestros poetas jóvenes han tenido, como literatos, la fortuna de Juan de Dios Peza; es verdad que su talento y su carácter le ayudan; pero nada es bastante si se tiene en contra á la fortuna, y la fortuna ha sido para Juan tan cariñosa, como *novia de viudo* con los niños del pretendiente. Peza ha tenido teatro, auditorio de buena fe y compañeros cariñosos; y con tales elementos, ya tiene un ingenio modo de brillar sin que la fama necesite andar de puerta en puerta preguntando si hay algo que sacar á lucir, como en los cuentos de las Mil y una Noches el mal genio que queria robar á Aladino la lámpara maravillosa.

Ha dicho Lamartine que «la nobleza es la predestinacion á la gloria:» los demócratas ponen por supuesto el grito en el cielo y sacan á luz á tantos que desde la más triste oscuridad han llegado hasta deslumbrar al mundo: las teorías de Darwin llegan luego en apoyo del poeta francés, y la ciencia se declara partidaria de la aristocracia de sangre; pero, en medio de todo, la verdadera predestinacion á la gloria no es más que el teatro en que se representa, es decir, la época y la sociedad.

Los apóstoles predicando una reforma moral y religiosa, tan completamente radical en nuestro siglo, como lo fué el Cristianismo en el mundo pagano, no hubieran alcanzado el martirio ni la canonizacion; cuando mucho un proceso en un tribunal correccional de policía, y algunos de ellos un buen lugar en un manicomio. Napo-

leon el Grande, viviendo en México por los años de 28 á 40, habria ganado la accion del «Gallinero,» habria derrotado á Torrejon, habria sido Presidente dos años y habria muerto honradamente de Director de Artillería, ó de Jefe de la Plana Mayor: César viviendo en los Estados Unidos, seria empresario de ferrocarriles, presidente de tres ó cuatro grandes sociedades anónimas, fumaria muy buenos puros habanos y no tendria que temer á más Brutos que á los que andan en cuatro piés. Sixto V de porquerizo en Tangancícuaro, habria llegado á Cura de Uruapam, ó cuando más á Canónigo de Morelia.

Sólo Catilina, á ser cierto, que lo dudo, todo lo que de él dicen Ciceron y Salustio, viviendo en Paris durante la revolucion de la Comuna, podria haber dado todo el vuelo á sus tendencias humanitarias y progresistas; ó alguno de los monarcas de Raghou-Vança, que ha cantado Kalidasa, y que buscaban las salvajes vertientes del Himalaya para hacer sus penitencias, podrian estar á toda su satisfaccion en la Alameda de esta Capital.

No hay que engañarse; el teatro lo hace todo. Un Valero *de la legua* está seguro de no encontrar un periodista que le diga una flor; y nadie conoce esto más que los artesanos: entre nosotros, lo mismo que en España, un sastre que se llama Moranchel, Zapata ó Güicochea, si bien corta, hará chaquetas para los sacristanes de Catedral ó remendará pantalones de estudiantes pobres en un cuarto interior de la calle de Manito, y no tendrá

nunca, aunque se saque la lotería y ponga un almacen en la calle de Plateros, una clientela aristocrática y distinguida, si no cambia la razon social y pone un gran rótulo con letras de oro, que diga: «Larochefoucauld y C^{a}, sastre de Paris,» «Wellington and Company, sastre de Lóndres», ó cosa por el estilo.

Pero como no sólo basta el teatro sino que se necesita el talento, por eso muchos que han tenido tan buen teatro como Juan Peza, no han podido, como él, alcanzar tan buena fortuna.

El célebre D. Ignacio Ramirez, exagerado quizá en sus críticas literarias, temido hasta por los hombres de más bien adquirida fama, porque á la severidad de sus juicios y á su rica y variada erudicion agregaba una sátira punzante, oportuna, envolviendo siempre algun pensamiento filosófico y expresado con tal arte, que casi no hacia más que salir de sus labios y alcanzaba popularidad, tuvo por Peza una gran predileccion: en el prólogo de las poesías que Peza publicó, Ramirez hace de él alabanzas más apreciables por lo inusitadas que por lo mucho bueno que dicen del jóven poeta. Ramirez veia en él un porvenir para las letras mexicanas; y cuando ese hombre tales cosas dijo, yo no vacilo entónces en creer que no voy desacertado al pensar que si Juan sigue como hasta aquí y se dedica al estudio, será una gloria para nuestro país.

El mérito de un poeta ó de un literato cualquiera, no

consiste sólo en conquistar un buen nombre en su época y entre sus contemporáneos; que tal puede ser aquella y tales éstos, que bien se pueda aplicar el refran de que *en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey.*

Así por ejemplo, en los siglos IX y X, se hacen grandes alabanzas de sabios como Alcuino, Eginardo, Teodulfo, Rábano (¡qué nombre!) Lupo (¡otro!) y algunos por el estilo; pero Alcuino, el astro, el sol de todos ellos, el consejero científico y maestro de Carlo-Magno, aquel de quien se dice que impulsó y levantó las ciencias y la enseñanza, era un inglés á quien el Emperador mandó traer expresamente para ponerlo á la cabeza de la enseñanza en Francia; y al decir del abate italiano Andrés, en su obra «Orígen de la Literatura», «el grande Al-
« cuino no era al fin otra cosa que un mediano teólogo;
« ni sus decantados conocimientos filosóficos y matemá-
« ticos se extendian más que á algunas sutilezas dialéc-
« ticas y á los primeros rudimentos de música, aritmética
« y astronomía, indispensables para el canto y cómputo
« eclesiástico. Entónces el que sabia precisar el curso del
« sol y de la luna, regular las fiestas movibles de la Igle-
« sia y formar con alguna exactitud un calendario, era un
« singular matemático y un astrónomo incomparable.»

Y en otra parte agrega:

« Si alguno por su raro ingenio y aplicacion extraor-
« dinaria llegaba á tener nociones de los primeros ele-
« mentos que se exponian en los libros latinos, era tenido

« por un hombre de la más vasta y sublime erudicion.
« Apénas se encuentran elogios á autores de los siglos
« ilustrados como los que se dieron pródigamente á los
« literatos de aquellos tiempos rústicos é incultos.»

Con sólo esto se podria tener idea de la negra ignorancia que se tendia sobre Europa en aquellos siglos en que casi ninguno de los nobles sabia leer, y en que el mismo Emperador Carlo Magno, á pesar de su gran ingenio, del empeño siempre digno de alabanza con que se afanó por difundir la ilustracion en su dilatado imperio, fundando escuelas y academias, alentando y protegiendo á todos los hombres de ciencia y haciendo venir á su corte á cuantos de alguna manera se distinguian en las letras en extraños países, apénas sabia escribir su nombre.

Era tan grande la ignorancia, que el Clero, de quien se dice siempre, por decir algo, que fué el depositario de las ciencias en la Edad Media, nos da la muestra de la oscuridad que reinaba en aquella época.

Walter Scott cuenta que muchos frailes sin saber leer, decian de memoria la misa, rezando lo que puede llamarse *un oficio parvo de la Virgen.* Los Concilios más severos, como el octavo de Toledo, en el Cánon Octavo, prohiben admitir á las sagradas órdenes á quien no supiera el «Salterio,» los «cánticos usuales,» los «himnos» y la «ceremonia del bautismo,» probando así, que leer y cantar eran suficiente tesoro de conocimientos para formar un sacerdote.

La fórmula de exámen que los Obispos debian hacer á los Sacerdotes de su diócesi, la escribe Reginon en estos términos:

Si Evangelium, et Epistolam bene legere possit, atques altem ad litteram ejus sensum manifestare. Item: si sermonem Athanassi de fide Sanctissimæ Trinitatis memoriter teneat, et sensum ejus intelligat, et enuntiare sciat. Es decir, que supiesen leer y entender los Evangelios y las Epístolas, y saber de memoria un sermon de San Atanasio, y ya podian soltarse por esos mundos con un púlpito en cada dedo. Y en tiempo de Cárlos el Calvo se propuso para el arzobispado de Reims á un Gislemaro que leia regularmente el texto del Evangelio en latin, «aunque no podia entender palabra alguna.»

Hubo necesidad de fundar escuelas en los conventos para que aprendieran los frailes, y todos los grandes estudios científicos que cursaban los que se perdian en los arcanos peligrosos de la ciencia, se reducian al *Trivio* y al *Quadrivio:* el Trivio, eran la gramática, la retórica y la dialéctica; el Quadrivio, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía; y aventura de caballeros andantes ó empresa de romanos era emprender aquellos estudios que pocos llegaban á concluir, quedando siempre fatigados al terminar el curso del Trivio y pasando al del Quatrivio los que se tenian como monstruos de inteligencia.

El Abate Andrés trae dos versos latinos en que están

comprendidos esos estudios y su explicacion, y que no puedo dejar de poner, porque dan la muestra de aquella famosa literatura.

Gram loquitur, *dia* vera docet, *reht* verba colorat.
Mus canit *ar* numerat, *geo* ponderat, *ast* colit astra.

El papel llegó á faltar completamente con motivo de la invasion de los árabes en Egipto; se tuvo que usar pergamino; pero el pergamino, además de lo alto de su precio, era muy escaso, y como se necesitaba de él para escribir los salterios y antifonarios de las iglesias, se borraron los escritos de los antiguos clásicos, que en pergamino existian en los archivos y bibliotecas de los conventos, para poner en lugar de ellos la música del canto llano y los Oficios de la Iglesia. De aquí necesariamente la escasez de los buenos libros y el colmo de la barbarie.

En épocas semejantes realmente, aun cuando los hombres deban juzgarse segun los tiempos que atraviesan, no era ni envidiable ni difícil tener un buen nombre; pero Peza vive en una nacion en que la literatura, si no está en su siglo de oro, tampoco puede decirse que se encuentre en el estado de la decadencia. Peza ha tenido contemporáneos no sólo de talento sino de ilustracion y de notables aptitudes para la poesía, como Agustin Cuenca, Rincon, el malogrado y famoso Acuña, Zayas Enriquez y otros de quienes verdaderamente se puede decir que

han sostenido el brillo de la poesía en la generacion á que pertenecen.

Como todas las épocas, la que nos ha tocado ha resentido esas epidemias que periódicamente visitan el Parnaso: el culteranismo y la vulgaridad.

Góngora dijo en un soneto á la pluma del Dr. Bábia:

Pluma, pues que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos y no pluma;
Ella á sus nombres, puertas inmortales
Abre, no de caduca no, memoria
Que sombra sella en túmulos de espuma.

Gerardo Lobo, segun escribe D. Leopoldo Augusto de Cueto, «despues de decir que el templo es *orador de sí mismo* y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica* con sus tropos, sus frases y sus figuras, llama á la cúpula *prosopopeya*, y á la Iglesia entera *synecdoque del arte* y

Catácresis marmóreo de la gloria.

Y no contento con ver

Un Demóstenes suyo en cada peña,

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

. . . . . forma con espanto
un cántico de Dios en cada canto.»

El divino Herrera tambien dijo:

Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado,
Al que me inclino humilde, alegre adoro.

Así, no hay que extrañar que entre nosotros tambien poetas distinguidos se hayan contagiado de cultismo ó culteranismo, y hayan nacido versos por este estilo:

Yergue en la escuela con febril intento
Destellando sus fuegos soberanos,
La cariátide astral del pensamiento,
Con la curva de un cielo entre las manos;

que no he llegado á comprender hasta hoy; ó este otro dirigido á una muchacha que cosia en una máquina americana:

Tu dulce hermana, dulce melodía
Al piano hace brotar; tú, americana,
Fatigas invencion con que galana
Hermosura lucir que te atavia.

Y por fin, este:

Quien quiera conocer vuestros abuelos,
Que busque en el pasado
El olímpico polvo de los cielos
En los campos helénicos regado.

El culteranismo ha sido enfermedad de todos los tiempos, aunque en España se le bautizó con ese nombre que es el que nosotros hemos adoptado; y en verdad que el

público es el culpable del extravío de los poetas, que ya por lo vulgar, ya por lo hinchado, celebra á rimadores que la buena crítica, natural en los venideros, hace echar en olvido.

No hay cosa que llame más la atencion del pueblo en materia de poesía que extrañeces ingeniosas, episodios complicados, monstruosos, inverosímiles, frases equívocas, sutilezas, expresiones hinchadas, pensamientos falsos, con tal de que tengan el aspecto de gigantescos, palabras rebuscadas en los diccionarios y desconocidas en el uso comun, ya por su antigüedad, ya por su orígen, y trasposiciones violentas aunque nuevas.

Preciso es que los poetas jóvenes que aman siempre el aplauso, y miran que todo esto agrada, hagan esfuerzos por imitar á esos malos modelos, cuyo nombre vuela de boca en boca, sin detenerse á pensar «que la celebridad no es la gloria.»

Peza no ha dejado de caer algunas veces en el culteranismo, aunque en honor de la verdad, pocas; y puede agregarse como dijo el poeta:

Culpa fué de su tiempo.

Por ejemplo, en su composicion á Garibaldi, aquello de

La blusa roja su purpúreo manto
Y el gorro frigio su imperial diadema.

Pero estos versos le valen un huracan de aplausos.

¿Quién podria culparle si seguia en esta senda?

El estímulo del pueblo, es el que alienta á la virtud y á la ciencia, ó el que presta alas al crímen y á la pedantería: generalmente los hombres que extravian su camino en el perfeccionamiento moral ó intelectual, lo deben á la sociedad en que se desarrollan, que de arriba viene el ejemplo y la inspiracion; y si las nubes son de cieno, la lluvia no puede caer perfumada.

En su abono, tiene Juan Peza la modestia, porque comprende que no todas las alabanzas deben contarse como moneda legal y acuñada en los talleres del buen criterio, ni el estudio y el consejo están de sobra, ni son pesada carga para quien procura adelantar por buen sendero en el camino de la literatura; y por eso estudia y busca buenos modelos, y gusta de la conversacion séria é instructiva.

En la literatura es quizá en donde el entendimiento humano necesita mayor acierto para la eleccion del modelo, y más continuada conversacion sobre la materia. La mayor parte de los ingenios extraviados en la poesía española, han enfermado de la sobrada admiracion que han profesado, ya á la hinchazon de Góngora, ya al conceptismo de Quevedo, ya á la empalagosa dulzura de Melendez ó de Arriaza, ya á la vulgaridad, en otros tiempos, de Benegasi, de Fray Juan de la Concepcion, ya á la hueca palabrería de Zorrilla; sin conocer que todos estos poetas, si han poseido eminentes cualidades y han alcan-

zado por esto renombre y respeto, han padecido tambien graves errores; han adolecido de notables defectos, porque en los grandes hombres tan altas son las buenas cualidades como graves y trascendentales las malas; y el acierto consiste, evitando las segundas, en tomar las primeras como dechado.

Para el cultivo del espíritu, quizá no haya nada que tanto aproveche como la conversacion séria que enseña si el interlocutor es de más elevados conocimientos y que ejercita el entendimiento y fija las ideas, si aquel con quien se habla, aprende en vez de enseñar: el diamante necesita para pulirse del polvo del diamante, y la conversacion con los hombres ilustrados y de espíritu levantado, es un polvo de diamante para la inteligencia; pero se necesita ser tambien piedra preciosa para buscarlo y aprovecharlo; se necesita amar lo bello y lo bueno para no divagarse con lo bajo y con lo vulgar.

En su permanencia en España, Peza tuvo oportunidad de tratar en Madrid á varios literatos distinguidos de aquella tierra madre de nuestra buena literatura; y el gusto de Juan se perfeccionó y se aquilataron sus buenas cualidades.

No creo que la literatura española decaiga. La poesía, como dice Makaulay, se cultivará y se apreciará ménos á medida que la civilizacion progrese, y la poesía moderna, como dice Bain en su obra sobre la ciencia de la educacion, siempre creciente en el campo de las alusiones, es ménos agradable para las masas; y esto depende, como indica el mismo filósofo, de que para comprender y sentir la alta poesía, es preciso un oído delicado, una sensibilidad exquisita, una gran experiencia de la vida y conocimientos, ó por lo ménos aptitudes literarias regularmente desarrolladas: se entiende que no quieren hablar de esos versos vulgares, ya eróticos, ya de patriotismo, en que siempre se dicen las mismas cosas, casi con las mismas palabras, y que son como las cajas de figuras que venden para divertir á los niños, en las que con los mismos recortes de madera pintada se forma, ya un gigante comiéndose á una rata, ya una lechera caminando al mercado.

La literatura clásica se cultiva, y se cultiva con éxito, en los países que hablan la lengua de Cervantes; y distinguidos representantes son de ella, Menendez Pelayo en España, el obispo Montes de Oca entre nosotros y el famoso D. Miguel Antonio Caro en las otras Américas españolas.

Tendrá la literatura intermitencias de decaimiento y de corrupcion, seguirá la suerte de los pueblos cuya lengua representa; pero no creo yo en esas aplicaciones geométricas de Boscovich y de Algarott, mencionadas por Andrés en su «Historia de la literatura», comparando el primero la marcha de las letras «á una curva asíntota que, apartándose de la recta, se eleva hasta cierto punto *del que no puede pasar*, y empieza luego á descender, no

sólo perdiendo la adquirida elevacion, sino llegando hasta el plano de donde vuelve á levantarse, alternando continuamente del estado de perfeccion al de decadencia», y poniendo el segundo la imágen de las «ordenadas de una «hipérbola ó de cualquiera otra curva que va á una asín-«tota; y el tiempo que se emplea en recorrerla se expre-«sará por las abscisas de la misma curva, al principio «rápidamente tras la asíntota, pero en el progreso, des-«pues, corriendo un larguísimo espacio ántes de acer-«carse un tanto y no llegando á tocarla sino en tiempo «infinito.»

Todas estas teorías me parecen delirios inexplicables que sólo como curiosidad bibliográfica pueden conservarse y que pretenden sujetar la marcha del espíritu humano, tan libre en la individualidad como irresoluble y complexo considerada como grupo social, á las inflexibles prescripciones de las leyes de Kepler ó de Newton.

No han faltado autores cuyos escritos, por fortuna, apénas como noticia han llegado hasta nosotros, que en éstos ó en semejantes extravíos han perdido los pocos dias que tienen de vida sobre la tierra, como esos mal entretenidos que emplean ocho ó diez años en hacer un castillo de San Juan de Ulúa de popotes, un México en miniatura, de carton, ó el Ejército de Iturbide, de pulgas. Un literato antiguo, Madero, emprendió y escribió un tratado sobre bibliotecas anteriores al diluvio: Hilschero fraguó una biblioteca adamítica y hasta declaró que el

padre Adan era poeta y literato distinguido: Reimanno escribió una *Historia de la literatura antidiluviana*. No han faltado eruditos que se echen á buscar un libro de filosofía que escribió Adan y dos que escribió Jesucristo, de los cuales dicen que conocen hasta el título, y seguramente lo único que les falta para dar gloriosa cima á sus pesquisas, es la noticia exacta de la imprenta y del editor de esas agotadas publicaciones.

La principal dote de un poeta debe ser el sentimiento; sin el sentimiento podrá formarse un buen literato, pero no un poeta.

Blacerna, el famoso profesor italiano, dice, hablando de la música, que la ciencia podria reconstruir todo lo que hay sobre arte musical si éste desapareciera repentinamente; pero nunca suplir al arte en la inspiracion y el sentimiento. Lo mismo podrémos decir de los poetas: muchos hombres hay que conocen las reglas de la métrica, que son capaces de señalar con una precision astronómica la extension de un verso, la cesura, la modulacion de las sílabas y el movimiento de ellas.

Con el mayor magisterio nos hablarán «de la sílaba impropiamente llamada larga y de las palabras oxítonas, paroxítonas y proparoxítonas;» nos referirán «que en el modo de contar los versos, el método *clásico italo-hispano* numera las sílabas hasta la última acentuada inclusive, y añade una; que es verso de cuatro sílabas el que tiene el último acento en la tercera, y de cinco el que

lo tiene en la cuarta; y que los más usados son los de cinco, seis, siete y ocho; su quebrado de cuatro, diez y once, que lo fueron el de doce (seis más seis); el de catorce (siete más siete); que el de diez y once, tienen acentos obligatorios el primero en la tercera y sexta á la vez, y el segundo en la sexta, ó en la cuarta y octava al mismo tiempo; que no hay sílabas de dos tiempos, ni por consiguiente cantidad, aunque la colocacion del acento produzca algunas veces movimientos análogos á los versos latinos, apareciendo el *trocáico*, el *yámbico*, el *adónico*, el *anapesto* y los *lésbios* y *anfibracos*.»

Pero toda esta charla, que no muchos pueden entender, no producirá un solo poeta si faltan la inspiracion y el sentimiento.

¿Qué es la inspiracion? Los Teólogos, como los antiguos poetas, dirán que es una luz que viene de lo alto, de Apolo, de las Musas, ó del Espíritu Santo; los metafísicos, dirán con Victor Hugo, que es la embriaguez del alma consigo misma; los positivistas, que es una conformacion especial en las circunvoluciones de la masa encefálica. Lo cierto es que la inspiracion ni la tienen todos, ni sin ella se puede ser poeta, por más que se posea una inteligencia clarísima y una profunda erudicion.

El sentimiento es, á mi juicio, la delicada predisposicion para recibir las impresiones morales y ser afectado por ellas, más ó ménos vivamente; los metafísicos dirán que la sensibilidad está en el alma; los que no lo son,

le darán por residencia el cerebro; los poetas no transígen nunca con que deje de tener el corazon por asiento; y partidarios de la legalidad, y legitimistas obstinados, vivirán como Justo Sierra, positivistas en prosa y siempre poetas en la poesía, y siempre llamando al hombre de grandes sentimientos, *gran corazon;* y al que es sensible y generoso, *corazon de oro.*

Estas son las inconsecuencias de la humanidad, que es necesario perdonar y no tomar nunca á lo serio.

Pero, resida la sensibilidad en donde se quiera, y sea ó no bien definida, como la presentan los metafísicos, los positivistas ó los poetas, el hombre que no se entusiasme ante un acto de valor; que no se enternezca ante una escena de amor filial; que no sienta humedecerse sus ojos delante de una gran desgracia; aquel en cuyo pecho no se encienda el fuego santo de la indignacion mirando el abuso de la fuerza y del poder; que no comprenda el amor sino como el goce material de los sentidos; que no mire en la Patria más que una reunion de hombres á quienes explotar; aquel para quien las miserias de la humanidad no sean más que fenómenos tan naturales y tan indiferentes como la caida de las hojas en el Otoño, y que cuente sólo de la vida, las horas que gozó y no las que amó, ese no puede ser poeta: será un filósofo, un matemático, un sabio, pero nunca un poeta.

El astrónomo que observa las culminaciones de la luna, no se preocupa de que á la luz de aquel astro, cuyo

camino observa, tienen quizá dulces y misteriosas citas muchos amantes; el estadista que traza una curva necrográfica no piensa que esa línea que va formando un dato científico sobre el papel, representa una inmensidad de dolores, es un rio de llanto cuyo cauce señala aquella curva y que forma parte del que debe correr siempre en la humanidad; el médico que sobre la plancha del anfiteatro hace la diseccion del cadáver de una vieja, no encuentra sobre aquellos nervios las huellas de las terribles pasiones que esa mujer en su juventud sintió é inspiró.

Porque todos esos íntimos resortes de la humanidad, cuyo estudio forma la mision del poeta, ni se resuelven con una ecuacion, ni se encuentran con un escalpelo, ni se descubren con un reactivo; pero forman quizá la parte más importante de la vida, las ilusiones, esas ilusiones que todos hacen gala de despreciar en público y que todos acarician en secreto, como si fueran una mujer de cuyos amores tuvieran que avergonzarse; esas ilusiones que revisten la forma de un torrente de oro para el comerciante, de un laurel de gloria para el soldado, de un canto de la fama para el artista, de una mujer para el hombre apasionado, de un cielo cristiano para el asceta católico, de un paraíso para los musulmanes.

Y á los poetas se les burla miéntras viven sobre la tierra y se les llama *locos*, y la sociedad en coro grita que no sirven para nada serio ni para nada útil; ¡como si no fuera nada serio y nada útil llevar una gota de consuelo

al fondo de una alma destrozada por el sufrimiento; como si no fuera nada serio y nada útil llorar en la soledad con el que llora, gozar al lado del que goza, alentar al que desmaya en el camino del infortunio, encender el valor en el corazon del hombre que vuela al combate, ofrecer una mano vigorosa al que tropieza en la senda de la virtud, y prodigar la inmortalidad, dando á los hombres que la merecen, esa vida objetiva que todos buscan y que se llama *la gloria!*

Poesía son todos los grandes libros de las religiones: el de Manú, en la India; Zenda-Avesta, en la Persia; la Biblia, en el pueblo de Israel; los Evangelios, entre los cristianos; el Corán, entre los sectarios de Mahoma; hasta la Leyenda de Oro, entre los Mormones.

¡Qué poesía tan poderosa la de Homero que ha atravesado tantos siglos! . . . . . ¡Qué entonacion tan levantada no necesitaria Pedro el Ermitaño y qué raudal de inspiracion y sentimiento para haber exaltado el espíritu de la Europa y llevarla en armas contra el Asia, haciendo chocar las dos civilizaciones más poderosas de su siglo!

Pero volvamos á Peza, á quien dejé abandonado hace tanto tiempo.

Ni sentimiento ni inspiracion faltan á su alma para hacer de él lo que puede llamarse un poeta; y entre sus buenas cualidades brilla, como Vénus en llena en medio del estrellado firmamento, el amor filial. Todo hijo, á

no ser un monstruo, ama á su padre, y sin embargo, hay algunos que se distinguen por su mayor ternura.

La composicion de Peza á su padre, podrá tener algunos defectos literarios; pero ¿qué poesía no los tiene?

Hermosilla, á pesar de esa idolatría que profesa á Homero, de haber dedicado tanto tiempo y tanto trabajo para escribir, á mi juicio, la mejor traduccion de la Iliada y anotarla, no cesa de decir á cada instante aquello de

Aliquando bonus dormitat Homero.

Pero á pesar de los defectos que puedan encontrarse en la composicion de Peza á su padre, hay en ella tanta ternura, se descubre allí tanto respeto por aquel anciano, se trasparenta un fondo de honradez tan noble, que á mí me ha deleitado siempre, y no puedo resistir al deseo de copiar algun trozo de esa composicion, en la que al describir á su padre comienza por decir que lleva en la cabeza

El polvo del camino de la vida

para hablar de su cabellera cana.

Dice el poeta:

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!
La nobleza del alma es su nobleza,
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más bella de su historia.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

No se puede expresar con más nobleza ni con más ternura, que como lo hace el poeta en los dos últimos versos, la mision sagrada y cariñosa de un padre que guarda para sí los dolores y procura esmaltar de rosas el camino de la virtud que deben recorrer sus hijos; y no hay un buen padre que no quisiera que de él se dijese:

Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

El amor á la patria ha inspirado á Peza hermosos y dulces pensamientos.

Dice en una composicion hecha en España y hablando de México:

¡Oh verjel de mis sueños, tierra hermosa
Que guardas mis recuerdos y mis lares!
¡Queda con Dios tras los revueltos mares!
Yo léjos vengo á suspirar por tí.

Y más adelante:

El nombre de la patria en tierra extraña,
Es un himno, un poema, una oracion.

En otra poesía escrita á la memoria del General Gonzalez Ortega, dice, hablando de la rendicion de Puebla:

Presentas con asombro al extranjero
Rotas las armas y el honor entero.

Esta cifra con que se pinta el fin glorioso de ese sitio

siempre memorable para los mexicanos y modelo de patriotismo y honor militar, es magnífica.

Para el teatro ha escrito Peza tres comedias que han sido muy aplaudidas; sobre todo, una que se intitula «La Ciencia del Hogar: » el argumento es bueno; la trama, natural y ordenada; fácil y sencilla la versificacion; recta y enérgica la crítica de algunos vicios de nuestra sociedad: en esa comedia, más que el mérito, hay que considerar la medida que da Juan Peza de sus aptitudes para llegar á ser un distinguido escritor dramático; y sensible es que pierda su tiempo y los años de su juventud en escribir artículos ligeros de periódico, versos eróticos, ó revistas de cosas que á nadie interesan, cuando podia con el estudio, la dedicacion, y sobre todo con el abandono de esa literatura de mariposa que pasa de una á otra flor sin formar jamas un panal, y que es la que se usa, no por el periodista serio, sino por el que busca sólo llenar la hoja que debe entregarse al suscritor, escribir mucho útil para su patria, adquiriendo con esto una verdadera y honrada fama.

Para concluir este artículo, tengo que hacer una confesion que cumple á mi honradez el hacerla por más que me duela decir que yo tambien me he tomado alguna vez lo ajeno, que pecado tan comun debe ser este en la humanidad, que dió orígen á aquellos versos tan sabidos que á cada momento decian nuestros antepasados al hablar de los mandamientos:

Si en el sexto no hay perdon
Ni en el sétimo rebaja,
Ya puede nuestro Señor
Llenar el cielo de paja.

Y la historia es esta: comenzó Peza á escribir para « La República » artículos que firmaba con el pseudónimo de *Cero:* leyóme uno y otro, y otro, y tanto me gustaron, que sucedió aquello de:

Á un amigo yo llevé
Á casa de la que amaba;
Y tanto llegué á llevarlo,
Que despues él me llevaba.

Ocurrióseme á mí tambien la tentacion de escribir *Ceros:* tomé la idea, me apropié del pseudónimo, y han salido estos artículos, cuya inspiracion le confieso á Peza; y cumplo con lo que Ripalda aconseja como condicion para perdonar pecados contra el sétimo; « que pago lo que debo, ó á lo ménos la parte que puedo.»